
Cruceños al Paraguay



“La mercantilización no es ningún paraíso, sino un lenitivo para las miserias impuestas por el despotismo político y religioso”

Antonio Escotado
Los enemigos del comercio, Tomo I



Marcelo Añez Mayer

Abril 2022

Uno puede buscar en Google: “Guerra de la Triple Alianza” y después de leer un poco aquí y allá, concluir en que esta guerra fue una de las tragedias más grandes del siglo XIX en esta parte del mundo. Y aunque en ese entonces todavía no se había inventado la palabra, fue un genocidio. Ocurrió entre los años 1864 y 1870. Enfrentó al Paraguay contra la alianza de Brasil, Argentina y Uruguay.

En Paraguay también se la conoce como Guerra Guasú; y como Guerra do Paraguai en Brasil. Sin embargo hay un pedazo de historia que no es de tan fácil acceso, al menos no digitalmente. Requiere del esfuerzo (placer dirán algunos) un tanto anacrónico de escarbar entre libros físicos viejos que ya no se editan, para descubrir que dentro de ese conflicto hubo un episodio que tocó de cerca a Bolivia. Y más concretamente: a Santa Cruz, que de un día para el otro adquirió altísima importancia estratégica para el Paraguay sitiado, al ser durante un par de años su principal ruta de abastecimiento.

La Guerra de la Triple Alianza se inició con la invasión de Brasil a Uruguay en octubre de 1864. El presidente paraguayo, el mariscal Francisco Solano López, juzgó aquel hecho como gravísimo por constituir una violación a la soberanía nacional, por alterar el equilibrio regional y por temer que su país fuese el próximo paso de lo que, él consideraba, eran los planes expansivos del imperio brasileiro.

Paraguay tomó entonces la ofensiva en el frente opuesto tomando primero un buque brasileiro en el Río Paraná e invadiendo luego el Mato Grosso en diciembre de 1864; lo que le permitió ocupar fuertes militares y ciudades de la zona, entre ellas: Corumbá. En junio de 1865 se produjo la Batalla del Riachuelo, perdida por Paraguay y con ella, perdido también el dominio sobre su río. Con lo que así, el mariscal López, su ejército y el país entero, quedaron prácticamente aislados, imposibilitados de salir al océano Atlántico.

El gobierno paraguayo, a través de su ministro de guerra, encomendó entonces al explorador francés Domingo Pomiés la apertura de una ruta comercial entre Corumbá y Santo Corazón, obra que concluyó en julio de 1866. Y poco después, ante las mejores condiciones que ofrecía el suelo y el mayor potencial comercial, dada la magnitud que cobró el negocio, se abrió también la ruta entre Santiago de Chiquitos y Corumbá. Obra concluida en enero de 1867. Es posible que, en la ejecución de estas obras, Pomiés haya rehabilitado algunos tramos del

ramal chiquitano del legendario Peabirú[1], el corredor interoceánico abierto sucesivamente por varias civilizaciones antes de la llegada de los españoles, que conectaba el océano Pacífico con el Atlántico.

La vía abierta por paraguayos y bolivianos en 1866 fue hasta 1868 una de las principales rutas de abastecimiento para el Paraguay y, por momentos, la única. Por esta ruta con Bolivia el ejército y la población paraguaya se abastecieron durante buena parte del conflicto de ganado, azúcar, café, charque, hojas de coca, armas, municiones y todo tipo de mercancías[2], transportadas mayormente por emprendedores cruceños.

Este episodio histórico representó un breve pero explosivo ciclo de bienestar económico para Santa Cruz. Fue una fuente de prosperidad para muchos, con desgraciado final para algunos.

Victorino Rivero Eguez, un escritor cruceño del siglo XIX, observaba:

"Luego de que se abrió el camino de Santiago a Corumbá, los comerciantes cruceños afluyeron al Paraguay halagados por crecidas ganancias, con las cuales se improvisaron capitales"[3].

[1] Oscar Tonelli, "El Peabirú Chiquitano": El Peabirú (camino de ida y vuelta) es un legendario corredor interoceánico, antiquísimo, anterior a la llegada de los españoles. El libro de Oscar Tonelli es una muy buena y seria investigación sobre el tema.

[2] El Imperio del Brasil, sabedor del descontento de Melgarejo por los acuerdos al interior de la Triple Alianza que tocaban límites territoriales que Bolivia disputaba y de su simpatía con Paraguay, y con el objetivo de mantener y garantizar la neutralidad boliviana, dio curso a un tratado limítrofe con Bolivia: el Tratado Muñoz-Netto, o Tratado de Ayacucho de marzo de 1867. Como a Donato Muñoz, mano derecha de Melgarejo y firmante del tratado por Bolivia, le preocupaba que el comercio con Paraguay a través de Corumbá fuese a molestar al Imperio del Brasil, recomendó al Prefecto de Santa Cruz que el comercio con Paraguay debía limitarse a artículos que no estuviesen considerados como contrabando o prohibidos internacionalmente. Lo cierto es que los controles eran muy débiles y grandes las ganas de aprovechar económicamente la oportunidad.

[3] Victorino Rivero Eguez, "Historia de Santa Cruz durante la Segunda Mitad del Siglo XIX". Sucesos en el Paraguay a los cruceños.

María Feliciano Rodríguez Coelho, hija de un rico comerciante de Santa Cruz, más tarde conocida como Sor María de las Nieves, fue testigo de los hechos y dejó constancia[4] de un cruceño -del que hablaremos luego- que se ganó la confianza del mariscal López y desempeñó importantes funciones en Paraguay. Desde donde invitaba a otros cruceños a comerciar con ese país hablándoles de las maravillosas oportunidades de ganancia que de ello obtendrían. María Feliciano da cuenta de las dos primeras caravanas de cruceños que partieron a comerciar y que eran, dicho en sus palabras; “de lo principal” de la sociedad de la época.

La apertura de un camino que uniese Santa Cruz con el Río Paraguay para, de esa manera, llegar al océano Atlántico, era una aspiración que venía de mucho antes de la Guerra de la Triple Alianza, como deja bien claro la historiadora Paula Peña en su texto “Salir al Atlántico” (actualmente inédito). Probablemente este anhelo haya iniciado con la afirmación del naturalista francés Alcides d’Orbigny de que el Otuquis era navegable como afluente del Río Paraguay. Estaba equivocado, pero eso lo descubriría años más tarde el emprendedor argentino de ascendencia holandesa, Manuel Luis de Oliden, que en 1832 gestionó una concesión del gobierno boliviano y estableció su centro de operaciones en Santiago de Chiquitos, desde donde organizó sus expediciones. El sueño atlántico continuó luego con la fallida expedición de Tristán Roca de 1862, y, al año siguiente, 1863, tomó nuevo impulso con la aparición de la Sociedad Progresista de Bolivia, cuyos trabajos se vieron poderosamente reforzados por las necesidades de la Guerra de la Triple Alianza. Concluida la guerra, el atlantismo encontró a dos nuevos y dignos emprendedores: Miguel Suárez Arana, fundador de Puerto Suárez, y su hijo Christian Suárez Arana, fundador de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Santa Cruz de la Sierra.

[4] María Feliciano Rodríguez Coelho, “Historias de Fe”, Buenos Aires 1917. Cruceños al Paraguay.

La aspiración de conectar con el Paraguay pudo hacerse realidad y alcanzar un apogeo entre 1866 y 1868, gracias a la convergencia momentánea de intereses y afinidades: Paraguay lo necesitaba, Melgarejo tuvo una cierta simpatía inicial por la causa paraguaya[5], y los emprendedores cruceños de la época tuvieron el coraje y las capacidades adecuadas para aprovechar la gran oportunidad de negocios que se presentaba. De pronto Bolivia, que desde hacía años venía buscando una salida al Atlántico a través del Río Paraguay, se topó con la necesidad de Paraguay que iba en dirección contraria: vincularse con el Pacífico a través de Bolivia para romper el bloqueo al que estaba sometido.

Cabe notar que, como la llegada al Atlántico no era un fin en sí mismo sino un medio cuyo fin eran los negocios, la frustración aparente de no llegar realmente al Atlántico sino limitarse a conectar con Paraguay, o mejor dicho: con la demanda paraguaya que iba en sentido contrario, no se tradujo en un conflicto. Y si lo hubo quedó inmediatamente resuelto con el potencial que representaban los grandes negocios que se tenían por delante gracias la apertura de la ruta Corumbá-Santiago de Chiquitos.

Donde no había camino se lo abrió. Y donde la ruta era angosta se la ensanchó. Todo a machetazo limpio. Gracias al trabajo realizado mayormente por indígenas de la zona, contratados y no esclavizados, como originalmente se pretendía[6].

[5] La propuesta de Melgarejo de enviar 12.000 soldados bolivianos para sumarse a la causa paraguaya nunca pudo comprobarse como genuina. Al menos el mariscal López no la tomó por verdadera. Tal es así que al mensajero: Juan Padilla, argentino, no le creyeron y terminó siendo ejecutado en San Fernando el 10 de agosto de 1868.

[6] Paula Peña, "Salir al Atlántico", texto actualmente inédito: "Un dato interesante es que solicitaba que todos los "bárbaros" que sean reducidos quedasen bajo las órdenes de la Sociedad Progresista de Bolivia, a lo que el gobierno se negó exigiendo que los "bárbaros reducidos" recibiesen salario como los demás hombres, ya que gozaban de todos los derechos civiles y políticos".

Y gracias también al apoyo de militares paraguayos al mando del francés Domingo Pomiés. El guaraní, como lengua común, construyó una afinidad inesperada. La apertura del camino dio oportunidad para que algunos militares paraguayos desertaran. Como no fueron pocos casos, al camino se lo llegó a conocer como la “ruta de los desertores”[7]. Por ahí llegó a Santa Cruz Manuel María Fabio, huido del ejército paraguayo y que diez años más tarde cobraría notoriedad al lado de Andrés Ibañez.

.Culpas de la guerra y simpatía cruceña con Paraguay

Como sucede siempre con eventos trascendentes y complejos, transcurrido siglo y medio de los sucesos, todavía no hay acuerdo sobre de las responsabilidades de la Guerra de la Triple Alianza. Probablemente nunca lo haya. Lo que sí hay son visiones encontradas. Historiadores contemporáneos, como el paraguayo Jorge Rubiani, están convencidos de que los aliados cometieron un genocidio con el Paraguay. Y de que, con la coartada de llevar la libertad y la civilización, perpetraron en realidad una campaña de saqueo que aspiraba a repartirse el territorio paraguayo después de aniquilar a dos tercios de sus habitantes. Es más, no reprochan la continuidad de la guerra más allá del punto en que ésta estaba ya perdida para el Paraguay, porque valoran como digno e importante el ejemplo de elegir la resistencia y, en última instancia la muerte en batalla, antes que la rendición ante fuerzas extranjeras invasoras. Destacan la valentía y el sacrificio por la patria, la dignidad, como valores fundamentales y necesarios para la construcción de una identidad nacional de posguerra.

En la vereda opuesta, historiadores como Francisco Doratioto y

7] Leonam Lauro Nunes da Silva, “A Bolívia e Seu Protagonismo na Guerra Grande”:
“Vários foram os soldados que se aproveitaram da obra logística para que se refugiarem em território boliviano. Tão recorrente era esse comportamento que os contemporâneos da obra a apelidaram de “caminho dos desertores”.

Leandro Narloch, brasileños ambos, consideran como principal responsable de la tragedia al mariscal López, el presidente paraguayo. Desde su perspectiva, fue López quien, por su vanidad, locura y crueldad, causó el aniquilamiento de una parte importante de la población de su país y la destrucción del Paraguay[8], al iniciar una guerra insensata en contra de poderes ampliamente superiores. Y luego, por no haberla detenido mucho antes, cuando ya estaba claro que no había ninguna otra posibilidad salvo la derrota, evitando así el sacrificio inútil de cientos de miles de vidas.

En cualquier caso, en los primeros años de la Guerra de la Triple Alianza la sociedad cruceña de la época no fue imparcial. Al menos no en su mayoría. Una gran parte tomó partido por el Paraguay. Al fin y al cabo, tres siglos antes Ñuflo de Chávez, fundador de Santa Cruz de la Sierra, había venido desde Asunción convenciendo a 300 personas de lo mejor de la sociedad de ese entonces a marchar con él para asentarse en estas tierras[9]. Esa raíz común, y sin duda los futuros negocios, pesaron seguramente en la parcialidad con Paraguay. Lo que queda en evidencia, por ejemplo, en la explicación que daba Tristán Roca a su primo sobre el origen del conflicto:

“El Brasil deseaba dominar al Uruguay, extremo que el Paraguay rechazaba por juzgar que este dominio era una amenaza para su seguridad y su independencia. Pero el Brasil no tomó en cuenta para nada al Paraguay por

[8] Leandro Narloch, “Guia Politicamente Incorrecto da Historia do Brasil”: “A Guerra do Paraguai aconteceu sobretudo porque havia naquele país um presidente vaidoso, cruel, louco e equivocado. No conflito entre brancos e colorados no Uruguai, o Paraguai era menos envolvido. Poderia ter ficado em paz quando os brasileiros invadiram o Uruguai. Mas o presidente Solano López estava obcecado em entrar em guerra com o Brasil, um vizinho 22 vezes mais populoso. Imaginou que os paraguaios seriam os próximos a ser invadidos pelos brasileiros. Pura loucura, que só aconteceu porque o Paraguai não tinha bons diplomatas, jornais privados e partidos políticos para discutir ideias e moderar ações políticas”.

[9] Gabriel René Moreno, “Catálogo de Mojos y Chiquitos”, Segunda Parte: “Nunca jamás ha vuelto Chiquitos a ver junta gente más blanca ni de mejor calidad en ninguno de sus pueblos hasta el día de la fecha”.

pequeño y por pobre. Y porque López “hizo algo”, el Brasil, la Argentina y el Uruguay se unieron para decir que López era una amenaza para los tres”[10].

La Sociedad Progresista de Bolivia

En 1863 el español Victorino Taboas, junto a Domingo Vargas, José Flores, Rafael Gutiérrez y Vicente Eguez fundan la Sociedad Progresista de Bolivia con el objetivo de conectar Santa Cruz con Paraguay obteniendo del gobierno boliviano una concesión con tal fin.

Para el siguiente año, 1864, la “Sociedad Progresista de Bolivia” concluyó las gestiones necesarias relativas a la concesión ante el gobierno, por la cual se le garantizaron amplios territorios y derechos de explotación a cambio de financiar y ejecutar la apertura de la ruta Santo Corazón-Corumbá, primero, y luego Santiago de Chiquitos-Corumbá, para después construir un puerto, establecer un puesto militar en la orilla boliviana del Río Paraguay, operar un vapor que lleve pasajeros, mercancías y correo a Asunción, Corrientes, Entre Ríos, Rosario y Buenos Aires[11]. Los socios José Flores y Victorino Taboas, sobre todo, trabajaron muy de cerca con el francés Pomiés y con el coronel Hermógenes Cabral, comandante de las fuerzas paraguayas de ocupación en Corumbá, en los esfuerzos para abrir la ruta. La Sociedad Progresista de Bolivia tenía su centro de operaciones en Santiago de Chiquitos. Taboas murió en Asunción. Hoy en día todavía pueden encontrarse en Santiago de Chiquitos descendientes de Taboas.

Tristán Roca

Tristán Roca no fue un cruceño cualquiera. Además de diputado,

[10] *Tristán Roca, carta a Basilio Cuellar, amigo, pariente y ministro de la Corte Suprema de Justicia de Bolivia.*

[11] *Cynthia Radding, “Landscapes of Power and Identity”, 2005.*

asambleísta constituyente, concejal municipal oficial mayor de instrucción pública y prefecto, fue también un hombre de empresa e intelectual. Le tocó volver a intentar lo que antes Oliden había intentado: para 1862 recibió del gobierno de Achá la misión de abrir una ruta para llegar al Río Paraguay a través del Isoso. Todos los medios fueron puestos a su disposición, y a modo de aumentar las chances de éxito, fue también nombrado representante diplomático ante el Paraguay. En caso de lograr el objetivo, Tristán Roca recibiría a cambio tierras concesionadas en la ribera del Río Paraguay. La expedición partió en julio de 1862. Pero las múltiples dificultades, las enfermedades y las deserciones determinaron el fracaso de la aventura.

En diciembre de 1864 sobrevino un cambio político mayor en el país: Achá, amigo y protector de Roca, es removido del poder por un golpe de estado liderado por Melgarejo, nuevo presidente de Bolivia. Tristán Roca se rebela[12]. Para octubre de 1865 toma parte protagónica de una insurrección nacional organizada en Santa Cruz por Miguel Castro Pinto y en la que tomó parte un joven Andrés Ibáñez. El triunfo fue, sin embargo, efímero. La insurrección se apodera de Santa Cruz por tres meses. Por sugerencia de Roca, Rafael Peña es designado prefecto. Si bien Roca no tuvo una función oficial, todos sabían que fue el alma de la revuelta[13]. Finalmente la insurrección fue aplastada, Tristán Roca es aprehendido y condenado al destierro en Brasil. Junto a él, compañeros de infortunio, partieron también Rafael Peña, el religioso Basiliano Landini y Lizardo Vaca, un chiquitano aventurero. Marcharon a Corumbá por la ruta recientemente abierta o ensanchada por el explorador francés Pomiés y la Sociedad Progresista de Bolivia

[12] Tristán Roca conocía personalmente a Melgarejo por haber estado este desterrado en Santa Cruz en 1853. Hernando Sanabria Fernández decía sobre el Melgarejo que conoció Tristán Roca en Santa Cruz: “buen sujeto, en apariencia al menos, parrandero y trasnochador, buen pulsador de guitarras y muy dado a catar las gracias del bello sexo”. Curiosa semblanza del futuro tirano, borracho y brutal.

[13] Hernando Sanabria Fernández, “La Ondulante Vida de Tristán Roca”.

Recordemos que algunos meses después de iniciada la Guerra de la Triple Alianza, Paraguay optó por abrir un segundo frente en el norte con la Campaña del Mato Grosso. Para ello desplegó una fuerza militar que navegó el Río Paraguay y ocupó casi sin resistencia posiciones brasileras como Fuerte Coimbra, Albuquerque y Corumbá. Esta última permaneció bajo ocupación paraguaya desde enero de 1865 hasta abril de 1868, con un breve intervalo en que Brasil la retomó por 10 días en junio de 1867 y la dejó luego nuevamente en poder paraguayo. En marzo o abril de 1866, Roca, su esposa Mercedes^[14] y su hija Merceditas de 4 años, junto a Rafael Peña y los demás, llegaron a esa Corumbá ocupada militarmente por Paraguay.

Si bien el destierro de Tristán Roca establecía a Corumbá como la ciudad de residencia, dada la nueva situación, Roca imaginó un mejor porvenir para él y su familia poniéndose al servicio del presidente paraguayo, el mariscal Francisco Solano López. Buscó entonces la manera de persuadir al comandante Cabral, convenciéndolo de que sus servicios podrían ser de mucha utilidad al Paraguay en la guerra. Pesaron a su favor las recomendaciones hechas a Cabral por el corregidor de Santo Corazón que describía a Tristán Roca como una persona de “antecedentes honrosos y cuyo nombre había figurado en escala superior entre los bolivianos”. Finalmente Cabral otorgó el salvoconducto con el que Roca pudo llegar a Asunción navegando el Río Paraguay.

Rafael Peña en Paraguay

¿Cómo se vivía en Asunción en esa época? Rafael Peña dejó una valiosa crónica de esa experiencia titulada: “Recuerdos de un Viaje”. En ella nos cuenta:

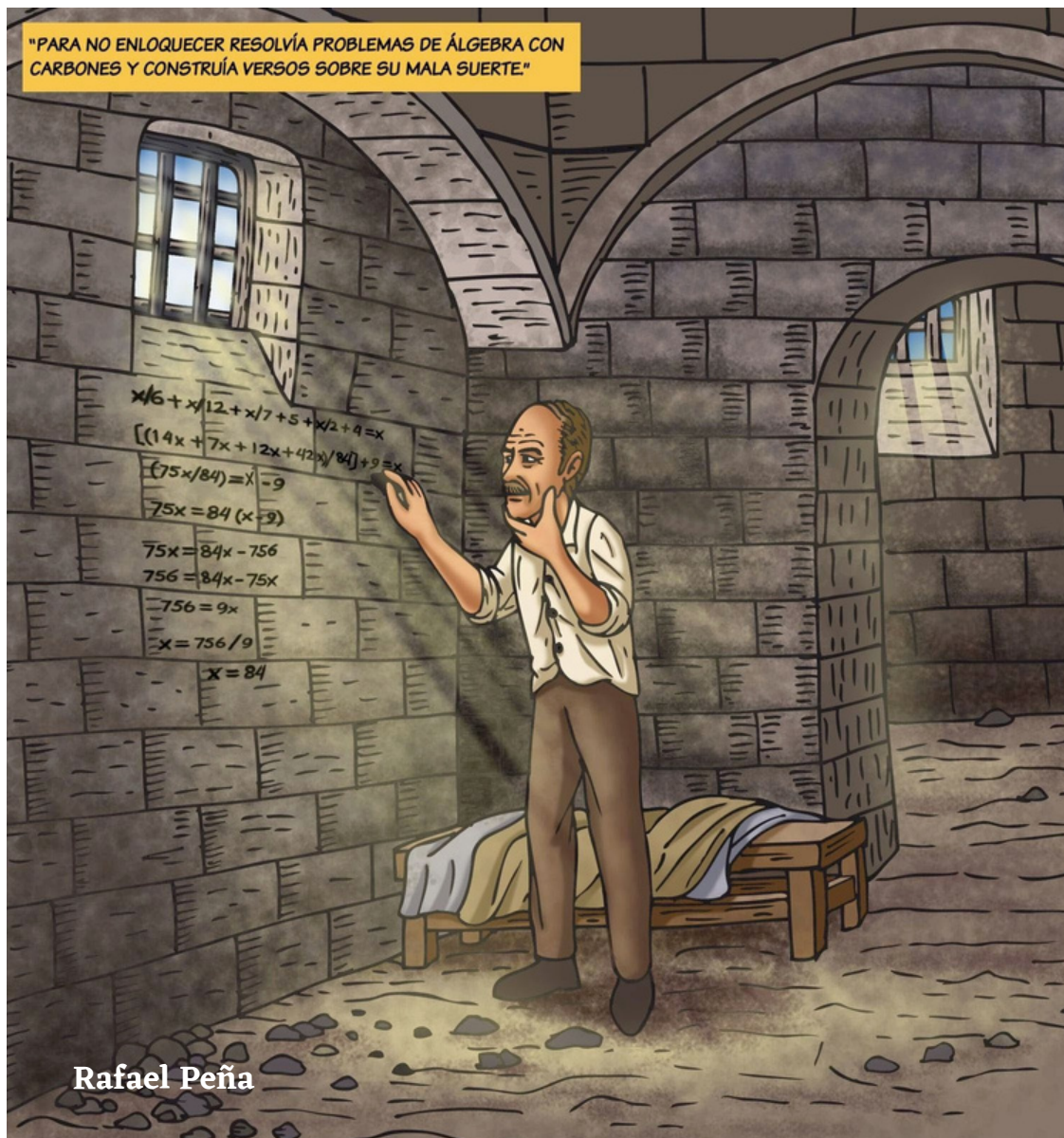
[14] A decir de María Feliciano Rodríguez Coelho y Hernando Sanabria Fernández, Mercedes Rivero era una mujer muy hermosa, de tez blanquísima, ojos verdes y cabellos castaños.

“Era desesperante en sumo grado la situación, los frecuentes y desastrosos combates habían diezmado el ejército, y, para llenar sus filas, fueron destinados los ancianos y los adolescentes, últimos restos de hombres útiles para la guerra que todo lo absorbía quedando en abandono los trabajos agrícolas e industriales. Los recursos bélicos escaseaban en demasía. Las mujeres, en general, se vieron obligadas a donar sus joyas para los gastos de guerra. Obstruidos el comercio y abandonada la agricultura, la escasez de víveres y el hambre se dejaban sentir. La desolación era general: no se permitía, sin embargo, exhalar ninguna queja, ni manifestar tristeza, ni aún llorar la pérdida de personas queridas que habían perecido en los campos de batalla. El pánico se leía en los semblantes, pero se procuraba disimularlo, con aparente sonrisa. Se predicaba en los templos y se repetía en el hogar doméstico y por todas partes, que los sacrificados por la patria volaban a disfrutar las delicias del paraíso. Expresar ideas no ajustadas a esta creencia material, habría sido delito de alta traición. Lo era también poner en duda el genio militar del mariscal López y el éxito feliz de la guerra”. [15]

Peña había llegado a Asunción en los primeros meses de 1866. El ambiente opresivo que describe, lleno de espías y delatores, el terror que reinaba en la vida de los habitantes, le causaron repugnancia. Peña se propuso escapar. Y casi lo consigue. Pero fue capturado a medio camino, en plena navegación rumbo a Corumbá. Lo retuvieron por un tiempo en Fuerte Olimpo y luego lo devolvieron custodiado a Asunción en donde fue puesto en prisión. Tuvo la buena idea de escribirle una carta al mariscal López en donde le pedía ser juzgado y astutamente le advertía que de lo que pasase con él, dependería el futuro cercano del intenso comercio con Santa Cruz, tan de suma importancia para el Paraguay en esos momentos. Fue juzgado. Nada se le informó en los días posteriores. Pasaron 40 días y Peña seguía en prisión. Para no enloquecer resolvía problemas de álgebra con carbones y construía versos sobre su mala suerte. Se aferró a la religión; a la Virgen de Cotoca.

[15] Rafael Peña, “Recuerdos de un Viaje”.

Mucho tiempo después se enteraría de que mientras él estaba en ese cautiverio, exactamente el día 31 de marzo, fecha del cumpleaños de su esposa, había ido ésta a Cotoca a rezarle a la Virgen por la vida de su esposo. Que había llegado en medio de una gran aflicción y había salido muy tranquila y segura. Ese mismo día el mariscal López ordenó que se lo ponga en libertad.



Después de una ardua y peligrosa travesía, Rafael Peña pudo finalmente volver a Santa Cruz en octubre de 1867. En los años siguientes siguió siendo una figura notable: escribió un libro llamado "Flora Cruceña" y llegó a ser vicepresidente de Severo Fernández Alonso durante la mal llamada Guerra Federal de 1899. . De los cuatro

desterrados que partieron juntos a Asunción (Roca, Peña, Baldini y Vaca) sólo Rafael Peña sobrevivió.

Tristán Roca en Paraguay

Donde a Rafael Peña le sucedió una desgracia, Tristán Roca encontró oportunidad. Como el intelectual y hombre de empresa que era, Roca pudo verse a sí mismo como potencial propagandista de la causa paraguaya. Se ocupó entonces en hacer lo necesario para que esa visión se convirtiese en realidad. Años atrás había traído la primera imprenta a Santa Cruz de la Sierra con la que fundó el primer periódico de la ciudad: “La Estrella del Oriente”, que dirigía y en el que también escribía. Entonces, una vez en Asunción se reinventó haciendo algo que sabía; escribir. Al comienzo fueron breves reseñas para el periódico local “El Semanario”. Poco a poco la calidad de su escritura le ganó notoriedad en la sociedad paraguaya. Un elogioso artículo suyo sobre la importante victoria paraguaya en la batalla de Curupaytí le ganó el favor del mariscal López.

A partir de ahí rápidamente logró ganarse un lugar en esa sociedad que vivía en plena guerra. En 1867 es nombrado director del recién fundado “El Centinela”, semanario diseñado como instrumento de propaganda (junto a “El Cabichui” y “Cacique Lambaré”) dirigido a la clase media y a las tropas paraguayas con el claro objetivo de levantar y mantener en alto la moral de combate. El primer número de “El Centinela” salió el 25 de abril de 1867 y se llegaron a editar más de 60 números. Tres o cuatro páginas tenía de extensión. “El Centinela” era un periódico de guerra; su contenido estaba compuesto principalmente por crónicas de batallas, caricaturas, sátiras breves y contundentes, noticias de interés general. Con la característica común de burlarse siempre del enemigo, ensalzar al ejército paraguayo y particularmente al mariscal López.

Para cuando “El Centinela” empezó a circular en la primera mitad de

1867 el comercio entre Santa Cruz de la Sierra y Asunción estaba en su mejor momento. El 25 de abril de 1867 publicaba “El Centinela” en su cuarta y última página:

“Noticia Importante.- Por cartas que se han recibido por la vía de Corumbá, se sabe que han llegado a este punto algunos comerciantes de Bolivia con efectos ultramarinos y otros artículos, y que se preparan a hacer de Santa Cruz grandes internaciones. ¿Qué dirá Caxias con su sistema de tenernos a guisa de champagne?.”

Luego, el 5 de septiembre de ese mismo año, aparecía esta breve nota en “El Centinela”. También en la última página:

“Nada nos falta.- La escasez que ligeramente sentía el pueblo de efectos ultramarinos ha desaparecido ya con los dos almacenes que acaban de abrir los comerciantes bolivianos, que han arribado a esta capital ¿qué dirán los bloqueadores?.”

Varios hechos hacen pensar que el papel de Tristán Roca fue mucho más importante de lo que sugiere su oficio. William Barret, un historiador norteamericano, dijo que Tristán Roca llegó a convertirse en “consejero privado, una especie de ministro sin cartera del gabinete no oficial de López”. El embajador de USA en el Paraguay de la época, Charles Washburn[16], testigo de los hechos, sitúa a Tristán Roca y su esposa muy cerca de la pareja presidencial, como empeñosos colaboradores y defensores en cuanto oportunidad se presentaba. El historiador Leonam Lauro Nunes Da Silva del Instituto Federal de Matogroso, afirma que Tristán Roca tuvo un papel protagónico y no secundario en el lado paraguayo durante la guerra. Que fue el mentor intelectual de una brillante estrategia de comunicación que tenía claro quienes eran los receptores, que creaba medios y adaptaba con eficacia los mensajes a la audiencia.

[16] Charles Washburn, “The History of Paraguay” – Vol. II, Chapter XII

San Fernando, el final

En febrero de 1868 los acorazados brasileros lograron forzar el paso por la Fortaleza de Humaitá y emprendieron rumbo hacia Asunción navegando el Rio Paraguay. Parecía que el fin de la guerra estaba cerca. El mariscal López desde su campamento en Paso Pucú ordenó el repliegue y Asunción fue abandonada, estableciéndose temporalmente la capital en Luque.

Un día, en Paso Pucú, el cuñado del mariscal López, Saturnino Bedoya, confesó al Obispo Palacios su nerviosismo y ansiedad por lo que pudiera suceder en Asunción ante la inminente llegada de la flota brasileras. Este simple comentario terminaría siendo la semilla de los terribles hechos de sangre que vendrían después. Como todos, el Obispo Palacios reportaba lo que escuchaba al mariscal López (era una convivencia marcada por el terror, el espionaje y la delación, como refirió Rafael Peña). Esa delación bastó para desatar la sospecha.

Bedoya fue aprehendido y torturado. Dijo que Benigno, el hermano del mariscal López, había entrado en conversaciones con el entonces marqués Luis Alves de Lima e Silva, más tarde Duque de Caxias, comandante de las fuerzas aliadas del imperio del Brasil, Argentina y Uruguay, para ponerle fin a la guerra. Alternativa que, bien mirada, era bastante razonable a esas alturas en que se veía que Paraguay simplemente no podía ganar, pero totalmente contraria a la voluntad del mariscal López que se empecinaba en resistir hasta el último hombre.

Resultó que los acorazados brasileros apenas bombardearon Asunción. Recibieron alguna respuesta e increíblemente dieron marcha atrás y se fueron. Con lo que el terreno quedó preparado para, quizá, algo peor: la venganza de López. Se desató entonces una carnicería en el campamento de San Fernando, con juicios sumarios y

fiscales de sangre, torturas y ejecuciones. Estos sucesos más tarde tomarían el nombre de “los procesos de San Fernando”.

Figuras principales fueron Isidoro Resquin, Silvestre Aveiro y el Padre Maíz. Cientos de personas, tal vez miles, fueron arrestadas, torturadas y asesinadas. Entre ellas dos de los hermanos de López: Benigno y Venancio (el primero fue ejecutado en San Fernando, el segundo un poco después), sus cuñados Barrios y Bedoya, y también varios de sus ministros. López hizo incluso arrestar y maltratar a su propia madre, que sin embargo sobrevivió. Casi todos los extranjeros que en ese entonces vivían en el Paraguay corrieron la misma suerte. Tristán Roca entre ellos.

Recordemos que para ese momento y desde pocos meses antes, Corumbá había sido recuperada por el Brasil (abril de 1868), con lo que el fluido comercio entre Paraguay y Santa Cruz se cortó de raíz. Lo que aumentó la vulnerabilidad de los cruceños en Paraguay que ya no podían jugar la carta que hábilmente jugó Rafael Peña para salvarse.

Un día de julio de 1868, Tristán Roca dejó su casa en Areguá para ir hasta Luque en donde se editaba “El Centinela”. Allí lo arrestaron. Esa tarde, en ese preciso momento, Mercedes Rivero, esposa de Roca, y Merceditas, su hija, se hallaban retenidas junto a otras extranjeras cosiendo para Madame Lynch[17].

[17] Elisa Lynch, pareja del mariscal Francisco Solano López. Ciudadana inglesa nacida en Irlanda, conoció a López en París donde vivió por un tiempo. Estuvo casada en primeras nupcias con el francés Xavier de Quatrefages. Se trasladó a Paraguay para estar al lado de López. Era odiada por las mujeres paraguayas de la época, particularmente por las de clase alta, por su afición a las joyas, al lujo y al poder. Y también, y sobre todo, por considerarla una mujer adúltera debido a los estándares morales de la época. Acompañó al mariscal López hasta el final en Cerró Corá en donde no solo enterró a López sino también a su hijo de 15 años, el coronel Panchito, que como su padre, eligió morir antes que rendirse y caer prisionero del ejército del Brasil. Después de la guerra dejó el Paraguay y se estableció en París. Intentó regresar a Paraguay pero le impidieron desembarcar. Regresó a Europa y murió en París en 1886. Elisa Lynch es actualmente un personaje controvertido sobre el que se ha escrito mucho.

También estaban el mariscal López y sus ministros. Cuenta Merceditas, hija de Roca, que en ese momento ella dormía una siesta y que se despertó llorando por haber sentido una punzada en el corazón. Roca fue conducido de Luque a Asunción y de ahí a San Fernando en donde fue juzgado, torturado y ejecutado. Sí, se aplicaron torturas en San Fernando. Unos días antes -como si alguna otra opinión hubiese importado- el mariscal López había consultado a su Estado Mayor y al Obispo sobre la conveniencia y moralidad de usar o no estos métodos para obtener información. Pese al criterio en contra del Obispo, se decidió -López decidió- que sí, que se usaría la tortura como medio para arrancar confesiones a los acusados de la supuesta conspiración. Las torturas más “populares” que se utilizaron en San Fernando fueron los latigazos y el “Cepo de Uruguayana”, tan horrible que mejor no les cuento. Se ejecutaban con tal brutalidad que el torturador podía obtener del torturado las confesiones que fuesen necesarias.

Por el testimonio que dejó escrito un distinguido testigo presencial de los hechos, podemos conocer uno de los últimos y dramáticos momentos de Tristán Roca en San Fernando. Ese testimonio es el que dejó el coronel paraguayo Centurión. Vale la pena detenerse un poco en él: Juan Crisóstomo Centurión nació pobre, pero gracias a su extraordinaria inteligencia y buena fortuna se abrió camino en el Paraguay gobernado por López padre, quien ya de joven lo eligió junto a otros destacados alumnos para estudiar becado en Europa. Cuando regresó al Paraguay hizo carrera diplomática. Luego llegó la guerra y, como pasó con casi todos los hombres en edad de combatir, no le quedó otra alternativa que improvisarse como militar. Centurión ascendió a coronel. Fue uno de los pocos militares de alta graduación que llegó hasta el final de la guerra; al combate de Cerro Corá[18] en donde una bala le atravesó la boca y lo tumbó del caballo. defensa

[18] Si bien la Guerra de la Triple Alianza estaba ganada para los aliados desde la batalla de Lomas Valentinas, concluyó realmente en marzo de 1870 en Cerro Corá con la muerte del mariscal López, sableado o hachado por soldados brasileños en la orilla del Río Aquidabán.

que hizo Tristán Roca de su caso. Pero sobrevivió. Y dejó además una de las mejores memorias de la época, en la que cuenta haber sido parte de uno de los seis tribunales o consejos de guerra de San Fernando, y que en ese rol fue testigo del intento de defensa que hizo Tristán Roca de su caso.

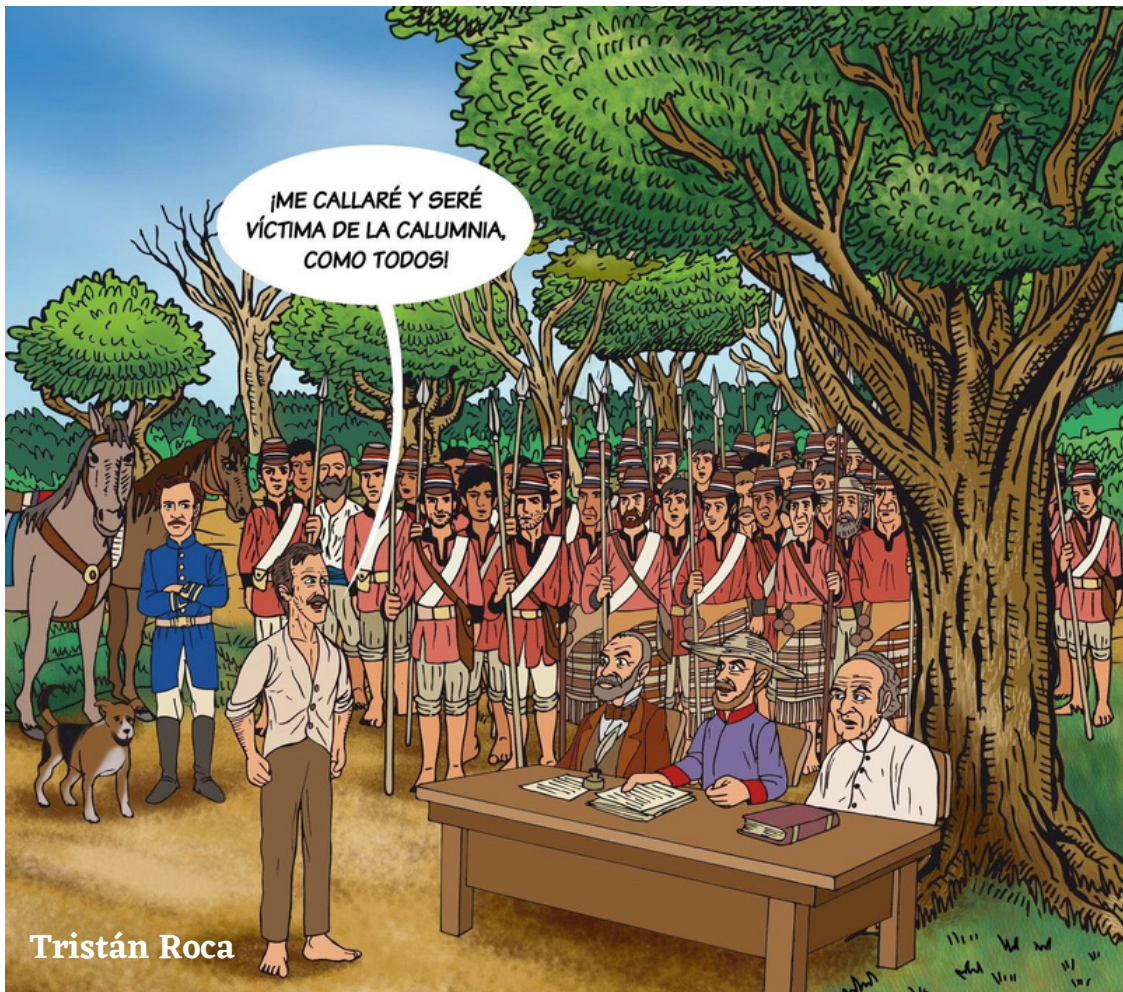
Permítanme una digresión literaria. Borges dice, en su gran cuento “Los Teólogos”, hablando sobre el acusado, Juan de Panonia frente al tribunal que lo condenaría: “Discutió con los hombres de cuyo fallo dependía su suerte y cometió la máxima torpeza de hacerlo con ingenio y con ironía”. Tristán Roca no usó la ironía. Pero sí la inteligencia y la capacidad para persuadir, que las tenía de sobra. Se le ordenó callar. Este es el relato de Juan Crisóstomo Centurión:

“El Dr. Roca, ilustrado ciudadano boliviano, que había prestado el concurso de su inteligencia en la redacción y dirección de El Centinela, quiso hacer su defensa. Comenzó pintando la calumnia y sus perniciosos efectos y luego atacó su misma declaración calificando de falso cuanto en ella había expuesto. Pero, sin duda, apercibiéndose el presidente de que iba a destruirse por su base el edificio levantado sobre arena, lo hizo callar. ¡Me callaré, dijo, y seré víctima de la calumnia, como todos!”[19]

El general paraguayo Isidoro Resquín, otro de los militares que llegó hasta el combate final en Cerro Corá y sobrevivió, dejó registradas las ejecuciones que se hicieron en San Fernando entre el 17 de junio y el 21 de septiembre de 1868. Por eso se sabe con precisión que Tristán Roca fue ejecutado el día 22 de agosto de 1868. Tenía 42 años. Según su cuñado, Zacarías Rivero, el tribunal que lo juzgó ordenó torturarlo y Tristán Roca pidió la muerte. Que no se le concedió sino que lo hicieron pasar por la tortura tres veces hasta lograr hacerlo firmar la declaración que querían que firme.

[19] Juan Crisóstomo Centurión, “Memorias del Coronel Crisóstomo Centurión o sea Reminiscencias Históricas de la Guerra del Paraguay”, Tomo III.

Una vez obtenido lo que los torturadores querían, Tristán Roca fue asesinado. Lanceado y no fusilado. Algo común en esos tiempos, para ahorrar balas.



Ese mismo día fueron ejecutadas otras 85 personas. Entre ellas, los cruceños Lizardo Vaca y Benigno Gutiérrez que fueron asesinados el mismo día que Roca. Entre el 27 de agosto y el 3 de diciembre murió en la marcha de San Fernando a Cumbarity el cruceño Adrian Ibañez. Otros cruceños que murieron en el Paraguay fueron Miguel Zarco, Luis Antonio Justiniano y Manuel María Cuellar, seguramente en los calabozos o torturados. Un poco antes, el 19 de julio, fue ejecutado Domingo Pomiés, el explorador francés que abrió el camino entre

Corumbá y Santo Corazón. El confesor de Tristán Roca, el franciscano Basiliano Landini, que se hallaba de paso por Paraguay retornando desde Santa Cruz hacia Italia, fue también torturado y asesinado por no revelar la confesión de Roca.

Testimonios

Según el embajador norteamericano de la época en Paraguay, Charles Washburn, la carnicería desatada por López en San Fernando tenía dos objetivos reales: eliminar a todos los extranjeros para que el mundo no supiese la barbarie a la que López había sumido su país y, sobre todo, para apoderarse del dinero que habían ganado y que seguramente guardaban en sus casas[20]. Años más tarde, en 1932, se publicaron los recuerdos de la hija de Tristán Roca, Mercedes Roca Rivero, Merceditas, quien relató los duros sucesos del Paraguay en los cuáles perdió a su padre, a su pequeña hermana y a su hermanito recién nacido. Las motivaciones que atribuye Merceditas a la carnicería del mariscal López coinciden con las de Charles Washburn:

“El recién nacido llamado Tristán murió en el trayecto de Caraguatay a Asunción; la mujercita que había nacido antes, en Asunción, murió al llegar a Corumbá. Al llegar a Santa Cruz yo hablaba en guaraní y una de mis tías me dice: “no has de hablar en el idioma de esos cambas paraguayos que te han dejado sin padre”. Y no volví a hablar más ese idioma: lo he olvidado por completo. Muchos cruceños fueron al Paraguay, llevando víveres y otras mercancías. Recuerdo de un tío; Miguel Zarco. Éste tenía un anillo de brillantes de mucho valor. Madame Lynch, como así la llamaban los paraguayos, con gran veneración le propuso comprárselo varias veces, pero mi tío no quiso vendérselo porque ofrecía muy poco.

[20] George Thompson, “La Guerra del Paraguay”, Supuesta Conspiración-Atrocidades de López.

Quizás este fue el motivo por que lo tomaron preso y lo fusilaron[21]: pues López se apoderó de todos sus bienes como lo hizo con los demás cruceños a quienes mandó fusilar. Sin duda que mi padre había conseguido labrarse una fortuna, pues se puso al servicio de López como escritor redactando un periódico cuyo título no recuerdo”[22].

Otros autores también coinciden en que, probablemente, además de tratarse de un posible estado de insania mental del mariscal López, y junto a vengar miserias personales, los sucesos de San Fernando se orientaron a robar todo lo que podía ser robado. A lo mejor con el objetivo de asegurar el porvenir de López y su entorno en el exilio, una vez concluyese la guerra. Dos intentos por parte del mariscal López de sacar grandes montos de dinero para ser depositados en cuentas en Europa están ampliamente documentados. Uno de ellos, el que llevó adelante el médico escocés William Stewart, que no llegó a destino porque se lo quedó el mismo Stewart, y que terminó en una disputa legal que llevó adelante Madame Lynch en tribunales europeos. Y el otro, a través del embajador norteamericano Martin McMahon (sucesor de Washburn) y con quien el mariscal López desarrolló una excelente relación. McMahon cumplió a cabalidad lo comprometido.

Si bien para abril de 1868 la retoma de Corumbá por parte del Brasil había cortado ya el comercio entre Santa Cruz y el Paraguay, el asesinato de Tristán Roca y de los demás cruceños en agosto del mismo año puso el punto final y definitivo a este curioso episodio histórico tan poco conocido.

[21] Tristán Roca murió lanceado, no fusilado. Merceditas era una niña de 6 o 7 años en 1868, cuando murió su padre. Sus recuerdos fueron publicados 64 años después. El testimonio de Zacarías Rivero, tío de Merceditas, es de 1870, dos años después de los sucesos de San Fernando. En él se detalla el calvario y muerte de Tristán Roca: “sale por último para ser lanceado”, algo que corresponde con el tipo de ejecución que le dieron a miles de personas en San Fernando.

[22] El periódico paraguayo al que alude Mercedes Roca se llamaba “El Centinela”. Tenía un diseño similar al de “La Estrella del Oriente”. Se publicó por primera vez el 5 de septiembre de 1867. Llegaron a editarse poco más de 60 números.

Suceso relativamente breve, intenso y de final trágico que unió a Santa Cruz con el Paraguay al encontrarse el viejo anhelo cruceño de llegar al atlántico a través del Paraguay con la necesidad paraguaya que iba en sentido contrario, la de conectar con el Pacífico a través de Bolivia.

Medio siglo después, y en el marco del Tratado de Petrópolis, se consideró la posibilidad de construir una línea férrea que conectase Santa Cruz de la Sierra con Corumbá. El proyecto fue aprobado y los trabajos que iniciaron en 1938 concluyeron en 1953 con el arribo de la primera locomotora a Santa Cruz de la Sierra procedente de Corumbá. Aunque no puede establecerse con certeza, cabe la posibilidad de que así como en la apertura de la ruta Corumbá-Santiago de Chiquitos es posible que se hayan rehabilitado algunos tramos preexistentes del Peabirú chiquitano, de la misma manera también es posible que en el trazado de la actual vía férrea Santa Cruz-Corumbá se hayan usado algunas partes de la ruta abierta por Pomiés en 1866.

